

¿Somos “solidarios”?

**JA. del Moral¹
J. Folch²**

¹Abogado
Cónsul de la
República de Gambia
²Oftalmólogo
Hospital de Sant
Rafael

La siguiente editorial, quizás un tanto atípica, bien podría haber sido extraída de alguna de las conversaciones mantenidas con mi amigo Juan Antonio del Moral algún sábado o algún domingo a las 9 de la mañana, cuando por exigencias del guión, coincidimos en nuestra segunda “profesión”, la de taxistas de nuestras mujeres, que trabajan como enfermeras en el mismo Hospital. Pues bien, solemos “desquitarnos” junto con otros “taxistas” con un buen desayuno, seguido de algún que otro café...

JFR: Cuando salga publicado este número de nuestra revista, estaremos en pleno verano, época utilizada por la mayoría de españoles para disfrutar de sus vacaciones.

Algunos se quedarán en casa, otros regresarán a su tierra de origen, otros realizarán algún viaje...

Paradójicamente, también es una época en la que, dadas las condiciones climatológicas, más sub-saharianos pretenden llegar a nuestras costas huyendo de su destino y en busca de un futuro mejor. Las televisiones nos inundarán de imágenes de cayucos y de datos sobre las personas que habrán quedado en el camino.

En algunos casos estas imágenes nos harán tomar una mínima conciencia de lo afortunados que somos (y digo mínima porqué, realmente alguna vez nos hemos imaginado un mundo en el que los habitantes blancos de una Europa pobre emigraran de forma ilegal a una África rica y llena de oportunidades donde fuéramos marginados por sus habitantes negros?) y nos moverán a interesarnos en participar en algún proyecto de cooperación internacional, y gracias a nuestra profesión, nuestra colaboración será muy bienvenida.

Existen infinidad de asociaciones y organizaciones no gubernamentales que ya desde nuestra etapa de estudiantes de medicina nos permitirán viajar a países en vías de desarrollo (principalmente de África) para

trabajar o colaborar en las tareas de algún Hospital local o Centro de Salud.

Para los que en nuestra etapa de estudiantes tuvimos la oportunidad de viajar a África y colaborar en un Centro de Salud local, la experiencia fue toda una AVENTURA: preparar el viaje, recoger material para llevar allí, informarnos sobre el destino, vacunarnos..., y una vez llegados allí, las horas de jeep por la selva hasta llegar al destino, los olores, los colores, la pobreza, la alegría de las gentes (pero también su recelo); sin duda una experiencia que marca, tanto por la propia experiencia en sí como por la época de nuestras vidas en la que la vivimos.

Conforme vamos creciendo, y acabamos la carrera y nos especializamos, también nuestros posibles destinos o proyectos de cooperación se harán más especializados y a la vez más exigentes; pero igual que nosotros hemos crecido y madurado profesionalmente, ...¿hemos crecido y madurado igualmente en cuanto a la forma de ver a los países y a los habitantes de los países a los que iremos a “colaborar”?...y si creemos que la respuesta es que sí, ...¿por qué nos miramos de una forma tan distinta a los que vemos llegar por la televisión en pateras o a los que conocimos en África respecto a los que nos cruzamos por las calles de nuestras ciudades, si son las mismas personas?

JDMV: Sucede que, en ocasiones, cuando hemos visto tantas veces unas imágenes o hemos escuchado un día tras otro la misma noticia, deja de tener importancia para nosotros el hecho que tratan y paulatinamente en nuestro interior vamos haciendo desaparecer la existencia de esa realidad. Para muestra, aparte del tema que estamos abordando, dos botones: las muertes diarias que se producen en Irak debido a la guerra injusta –todas las guerras son injustas y a los promotores se les debería exigir responsabilidad por ellas– que destruye el país desde hace ya años, y el incesante goteo de muertes en la carretera cada

fin de semana; son dos realidades que por estar ahí continuamente, relajan nuestra atención y por consiguiente nuestra reacción personal respecto a lo que más nos preocupa a los mortales: la muerte.

Una cosa parecida nos sucede con el llamado “tercer mundo”. Desde la orilla occidental del reparto mundial de la riqueza –desde la que escribimos y leemos estas líneas–, nos hemos inventado una palabra que queremos sea el puente que nos una con la otra orilla y que en esa travesía o paso, “purgue” y “blanquee” nuestras conciencias y acalle nuestros remordimientos; la palabra es SOLIDARIDAD.

Podemos hablar de la palabra solidaridad, como sinónima de *identificación*, y diccionario en mano, *identificar* es hacer que dos o más cosas que en realidad son distintas aparezcan y se consideren como una misma.

Ya tenemos una de las claves del porqué de la aplicación del término: nos consideramos y queremos seguir siendo distintos. De ahí que la solidaridad, según el diccionario de la lengua castellana, no es posible entre iguales. A la relación entre iguales la podemos, por ejemplo, definir como *contrato, negocio, interés...* (en política siempre se habla de que “el interés de todos requiere”, “por el interés general” ...). Otra de las claves del término solidaridad es que esas dos cosas distintas aparezcan y se consideren como iguales, es decir, que la visión del mundo y de las *necesidades*, ha de ser la misma desde la orilla occidental (la del disfrute de la riqueza) que la de los que la ven y en muchos casos la tienen, y en abundancia, pero no la pueden disfrutar.

En ocasiones, si nos pusiéramos a analizar el significado de las palabras nos daríamos cuenta de lo diabólicas que son, pero realmente lo que hace perverso al término *solidaridad* no es su identificación o enunciación sino aquello que se hace utilizándola como sello.

Llevando las anteriores reflexiones a la realidad de la vida diaria, y debido a mi condición de Cónsul Honorario de la República de Gambia, país sub-sahariano del África Occidental y por lo tanto en la ribera de los que ven la riqueza y cómo la disfrutaban los de enfrente, me he encontrado en múltiples ocasiones con la utilización del término *solidaridad* encubriendo muchos intereses personales sin que esto signifique mala fe en la persona o personas que realizan esta utilización en ese intento vano de hacer o considerar que las necesidades de las personas de una y otra ribera son iguales y por lo tanto el tratamiento ha de ser el mismo.

Así, es frecuente ver cómo muchas tesis doctorales, en sociología o en alguna especialidad médica (por

ejemplo sobre enfermedades tropicales u otras ya desaparecidas en la ribera occidental), se han hecho al amparo y bajo el “paraguas” financiero de ONG’s que se dedican a la *solidaridad* sin que repercutan los beneficios en los de la ribera estudiada, investigada, y por qué no decirlo, en ocasiones utilizada y *ensayada*, ya que la enseñanza adquirida con el dinero destinado a ellos solamente se ha empleado para engrosar el “currículum” de los “cooperantes”.

En ocasiones la gente me pregunta cuando va a viajar a la ribera contraria qué es lo que puede llevar. Llevando cosas de esta ribera intentamos igualarnos, “paliando” las necesidades de los de la otra. Yo siempre contesto lo mismo: no lleve Vd. nada, cómprelo allí. En una ocasión me respondió una persona que allí los bolígrafos le costarían un dinero mientras que aquí se los facilitaba gratis una entidad bancaria, a lo que le respondí si había pensado en la familia del país que tiene un pequeño tenderete y vive toda ella, posiblemente más de diez miembros, de vender lápices, gomas, tizas etc.. Desconozco el final de la historia pero estoy convencido que con la misma buena fe que me hizo la llamada, pensó en el contenido de nuestra conversación.

Son muchas las personas que viajan –África es lo que conozco– con una mochila con medicinas que van repartiendo por las aldeas por las que pasan. Estas medicinas son entregadas a personas que desconocen la aplicación de las mismas con el riesgo que eso conlleva por las posibles reacciones negativas a ese medicamento. Además de que éstas personas, donantes de buena fe, en muchos casos no son profesionales de la medicina; es decir, nos atrevemos a hacer allí lo que aquí, sencillamente, rechazamos de plano.

Los envíos de cantidades mayores de cosas no paliar las necesidades, irrumpen en muchos casos de forma negativa en la economía doméstica del lugar pobre. Habrá menos sastres si enviamos los pantalones hechos desde aquí (la tela se ha de comprar allí y el pantalón se ha de hacer allí y por los de allí).

En una cena a la que fui invitado y en la que se celebraba el “éxito” de una caravana solidaria enviada a África, me llamó la atención la intervención de uno de los integrantes de aquella expedición –con cargo municipal– en el que invitaba a todos los asistentes a realizar aquel viaje porque su experiencia en el desierto (el paso) le había llenado y calmado tanto su espíritu que había regresado nuevo. Nada comentó sobre la sonrisa de los niños que se encontró después de pasar el desierto, ni tampoco del gesto de gratitud y amistad de llevarse al corazón a la persona la mano que él recién había estrechado. Desconozco qué hizo

con el importe de la visita al psicólogo o psiquiatra que le ahorró la travesía del desierto como componente de esa "caravana solidaria".

No puedo evitar comentar la conversación mantenida con un gran amigo, cirujano de profesión, quien entre café y café -tal vez más de cuatro- me comentaba la inquietud con la que había regresado de un viaje a África en el que conjuntamente con todo su equipo habían hecho entrega de material médico a un Centro Hospitalario. La inquietud se la produjo *la frialdad*, según su propio termómetro, con la que al parecer habían sido acogidos por parte del personal y dirección médica del Centro.

A modo de ejemplo le comenté lo que había pasado recientemente en un prestigioso Centro Médico de nuestra ciudad: El Centro Médico en cuestión concierne con el Servicio Público de Sanidad un determinado número de nuevos Servicios que obligaba al mismo personal, percibiendo el mismo salario, a prolongar el horario y en determinados casos a cambios de turno. El personal del Centro se negó a ello y se tuvo que reconducir la situación, y mediante pactos y consensos económicos y de horarios correspondientes se le dio salida a la misma.

Ellos habían llegado al Centro Médico en África y habían desplegado todo un potencial en equipos que permitían triplicar la actividad que se realizaba en el mismo, pero se olvidaron de algo fundamental: que ellos se fueron pero el personal del hospital cobraría lo mismo al final del mes que antes de su llegada, pero eso sí, se les dejó con la *obligación de ser solidarios*, de trabajar más horas -horas extras-, pero nadie se preocupó de cómo lo podrían hacer y cómo obtendrían una compensación.

Mi amigo comprendió enseguida el porqué de la "frialdad" de sus colegas, ya que él trabajaba en el Centro Médico aludido de nuestra ciudad y había sido uno de los que se negó a trabajar más horas.

Son muchas las situaciones que podría comentar en las que existe un gran derroche de buena fe en aquello en lo que consideramos *solidaridad*; gracias a estas personas es posible que al Tercer Mundo -su presencia está también entre nosotros- lo tratemos con JUSTICIA, pero éste es otro término que tendríamos que comentar más despacio, en otro momento, y si puede ser entre café y café, mejor.

Un cordial saludo.